

Ayudas 3

EL CLIMA DE LA ORACION

Carlo María Martini, s.j. Arzobispo de Milán.

1. Oración del ser Siempre siento una cierta incomodidad, una cierta fatiga, cuando tengo que hablar de la oración, porque me parece que la oración es una realidad de la cual no se puede hablar: se puede invitar a orar, exhortar a orar; aconsejar... La oración es algo tan personal, tan íntima, tan nuestra, que se hace difícil hablar de ella juntos, a menos que el Señor nos ponga a todos en un clima de oración. Entonces quisiera comenzar con una oración. Quisiera decir así: "Señor, tú sabes que yo no sé orar, y entonces, ¿cómo les puedo enseñar a otros algo sobre la oración? Solamente Tú, Señor, sabes orar. Tú oraste en la montaña, durante la noche. Tú oraste en las llanuras de Palestina. Tú oraste en el huerto de tu agonía. Tú oraste en la Cruz. Solamente Tú, Señor, eres el Maestro de la oración. Y a cada uno de nosotros nos diste, como Maestro personal, al Espíritu Santo. Pues bien, solamente confiando en ti, Señor, Maestro de oración, adorador del Padre en espíritu y en verdad, solamente confiando en el Espíritu que habita en nosotros, podemos tratar de decir algo sobre la oración, de exhortarnos mutuamente, para intercambiar algún don tuyo, respecto de esta maravillosa realidad. La oración es la posibilidad que tenemos de hablar contigo, Señor Jesús, salvador nuestro, de hablar con tu Padre y con el Espíritu y de hablar con sencillez y verdad. Madre nuestra, María, Maestra de oración, ayúdanos, ilumínanos, guíanos en este camino que recorriste antes que nosotros conociendo a Dios Padre y su voluntad". ¿Qué quisiera decirles esta tarde, muy familiarmente sobre este tema de la oración? Pensé partir de algunas premisas, dos breves premisas teológicas fundamentales que quiero resaltar. Luego trataré de contestar a una pregunta concreta: ¿cómo ayudarnos a nosotros mismos y a los demás a reavivar en nuestro corazón la llama de la oración, esta llama que Dios mismo enciende pero que nosotros tenemos que alimentar de manera justa?.

a) La primera premisa la saco del Salmo 8 Señor, Dios nuestro, qué grande es tu nombre por toda la tierra, tu majestad cantada por encima de los cielos! De los labios de los niños de pecho sacas tu alabanza frente al agresor, para acallar al enemigo y al rival. Cuando veo tus cielos, hechura de tus manos, la luna y las estrellas que formaste ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el mortal, para que de él te preocupes? La oración es algo sumamente sencillo, algo que nace de la boca y del corazón del niño. Es la respuesta inmediata que nos sale de dentro del corazón cuando nos ponemos ante la verdad del ser. Esto puede suceder de muchas maneras; quizá de distintos modos para cada uno de nosotros: para uno puede ser un paisaje de montaña, un momento de soledad en el bosque, el escuchar una música que casi nos hace olvidar las realidades inmediatas, que nos aparta, por un momento, de nosotros mismos. Estos son momentos de verdad del ser, en los que nos sentimos algo así como sacados fuera de la esclavitud de las invasiones cotidianas, de la esclavitud de las cosas que continuamente nos apremian; respiramos mejor que de costumbre, sentimos algo que se mueve dentro y, entonces, en estos momentos de gracia natural, en estos momentos felices, en los que nos sentimos plenamente nosotros mismos, es muy fácil, casi instintivo, que se eleve una plegaria: "¡Dios mío, te doy gracias!" "Señor, ¡qué grande eres!" Cada uno de nosotros, creo yo, puede experimentar en la propia vida algunos de estos momentos.

Quizá en una serie de circunstancias felices sintió que tenía que expresar este agradecimiento a Dios, sacándolo del fondo del propio ser: es la oración natural, la oración del ser. Toda oración nuestra, toda educación nuestra a la oración, parte de este principio: el hombre que vive a fondo la autenticidad de las propias experiencias siente inmediata, e instintivamente la necesidad de expresarse por medio de una oración de alabanza, de agradecimiento, de ofrenda.

b) Además de esta verdad, que es la oración del ser, hay que tener presente otra situación: es la oración del ser cristiano. No es simplemente mi respuesta a la realidad del ser que me circunda, o a la sensación de autenticidad que siento dentro de mí; sino que es el Espíritu quien reza dentro de mí. El texto fundamental, al que tenemos que referirnos, es el de la Carta a los Romanos, segunda parte del capítulo 8: el Espíritu ora en nosotros (Rom. 8, 14-27). Entonces hay que tener presentes estas dos verdades: "de la boca de los niños de pecho, Señor, te has hecho una alabanza" y, por lo tanto, la oración es una realidad sencillísima, que brota cuando se han puesto las justas premisas, cuando la persona, incluso el muchacho, el niño, el adolescente se ha colocado cómodamente ante la realidad del ser, la verdad del ser, en situaciones particularmente felices de descanso, de calma, de serenidad. Pero a esta verdad la sigue otra: no somos nosotros, como cristianos, quienes oramos, es el Espíritu el que ora en nosotros. La educación a la oración consiste, pues, en tratar de favorecer esas condiciones que ponen a la persona en estado de autenticidad, y en buscar dentro de nosotros la voz del Espíritu que ora, para darle lugar, para darle voz. Sin esta premisa no hay oración cristiana. El Espíritu, que está dentro de nosotros, es el que ora. Y esta es la característica propia, típica, de la oración cristiana. Recuerdo que uno de los más grandes exégetas de San Juan, el Padre Mollat, se preguntaba un día qué era lo que caracterizaba la oración cristiana, a diferencia de las oraciones de todas las otras religiones, de todas las oraciones que pueden hacer los hombres. La respuesta que daba era la del capítulo cuarto del Evangelio de Juan: "La oración en ¿espíritu y en verdad". Según el lenguaje de Juan, verdad significa Dios Padre que se revela en Cristo. Esto es lo que caracteriza la oración cristiana, lo que la distingue de la oración, por altísima que sea, de otras religiones. Podemos aprender muchísimo de las oraciones de todas las otras religiones; podemos sacar muchísimo de estas elevaciones del hombre hacia Dios, pero lo específico de la oración cristiana, es el don directo de Dios, que nos manda el Espíritu, que nos concede orar en verdad, es decir, en la revelación que el Padre hace de sí mismo en Jesús. Es lo que hace la liturgia, cuando al final de toda oración, pronuncia la fórmula: "por Cristo nuestro Señor, en la unidad del Espíritu Santo." Esta es la oración en la que hay que educar. En realidad y de verdad, no educamos en la oración si nos limitamos, a suscitar sentimientos de alabanza, de admiración, de agradecimiento, de petición, sin insertar esta realidad en el ritmo del Espíritu que ora en nosotros. La pregunta.- "¿cómo ayudar a orar?" se hace ahora más específica: ¿cómo ayudar a descubrir dentro de nosotros los movimientos del Espíritu que nos guía? ¿Cómo ayudar a sentir, a discernir, los movimientos del Espíritu de Cristo que está en nosotros, el Espíritu que es el gran promotor de nuestra oración? Hago una indicación más específica. Son simples sugerencias que cada uno puede confrontar con la propia experiencia y luego podrá sugerir otras más aptas. Las indicaciones que les ofrezco se refieren a tres actitudes: · La situación de oración, es decir, la situación preliminar de la persona · El ingreso en la oración, como momento de entrada en la oración; · El ritmo de la oración, como ritmo de permanencia en la oración.

2. Situación de oración Es importante partir de este hecho: cada uno de nosotros tiene su propia e irreplicable situación de oración; irreplicable no solamente porque es "mía", como persona distinta de otra, sino también porque es "mía" en este momento y, por tanto, es también irreplicable en el tiempo (aunque cada uno tiene ciertamente módulos de oración que le son particularmente propios). La pregunta específica es: "¿Cómo reconocer mi situación de oración, la situación desde la cual orar yo? ¿Cómo hacerla emerger? . Comienzo con observaciones de carácter negativo: preguntémosnos que no es esta situación vital, esta situación de oración. No es una situación que resulte de la oración de los demás, ni de diversos modelos de oración, ni de libros sobre la oración; aunque todas estas cosas sean óptimas (los libros, las oraciones de los demás que aprendemos y repetimos, los libros de los santos que nos ofrecen sus experiencias). La dificultad de estos instrumentos es que pueden entusiasmar, pero sólo por un momento. Leemos páginas maravillosas de Santa Teresa de Avila, o de san Juan de la Cruz, sobre la oración, y entonces sentimos la necesidad de injertarnos en este ritmo, de participar de estas experiencias; durante uno, dos, tres días, una semana, nos parece vivir de estas iluminaciones. Alguna página maravillosa de san Agustín, sacada de las Confesiones, alguna página espléndida de Medeleine Delbrel ... son oraciones que pueden suscitar en nosotros una cierta consonancia afectiva, emotiva. Esto es muy bueno, es parte de la educación pero no lleva todavía al descubrimiento de nuestra situación de oración; al contrario, puede ser ilusorio, nos puede hacer creer que ya hemos alcanzado quién sabe qué capacidades y modos de orar. Desaparecido el efecto de esta lectura, de esta palabra escuchada, de esta oración ajena repetida, nos volvemos a encontrar con nuestra pobreza y nuestra aridez. Entonces, aunque sean modelos, indicaciones y experiencias de otros, no son instrumentos suficientes ni muy útiles para hacernos conocer cuál es nuestra actual situación de oración. ¿Cómo encontrar, pues, desde el punto de vista positivo, nuestra situación de oración, nuestro punto de partida? Señalo tres indicaciones muy breves: mi situación de oración es:

- a) una postura del cuerpo
- b) Una vocación del corazón
- c) una página de la Escritura en la que me puedo reflejar.

a) Mi situación de oración es un postura del cuerpo

Cuanto digo tiene un cierto carácter ideal, es difícil de practicar, pero puede constituir un punto de referencia. Tenemos que hacer esta experiencia: descansar un momento y preguntarnos: si ahora tuviera que expresar verdaderamente lo que siento y lo que deseo más profundamente, ¿qué actitud asumiría como expresión mía de oración? Luego deberíamos ver si toma forma en nosotros alguna actitud puede ser la actitud del orante, con los brazos levantados o las manos juntas en invocación; puede ser la postura de oración usada por los orientales, que se echan rostro en tierra, o como Jesús en el huerto, arrodillado con el rostro en tierra; puede ser la actitud de las manos en posición de acogida, como de quien mira lejos y espera, como el padre espera el regreso del hijo pródigo, o la actitud de quien espera algo o de quien pide algo. Parecen cosas simples, podrían parecer quizá ridículas en público, pero nos expresamos así, nos expresamos hasta con gestos. Y cuando, en el silencio y como dice Jesús en Mateo, cerrada la puerta de la pieza, oramos al Padre en secreto (Mt. 6,6), dejémosnos alguna vez ser libres en la expresión: podemos caer de rodillas con el rostro en tierra, o levantar espontáneamente las manos, o abrirlas en la

actitud de quien está por recibir algo, o también podemos colocarnos en actitud de sumisión. Es importante que, precisamente por medio de la expresión corporal manifestemos exteriormente la profundidad de nuestros deseos.

b) Mi situación de oración es un grito del corazón. Preguntémonos: si en este momento tuviera que gritar, expresar con una invocación lo que más profundamente le pido a Dios, lo que más deseo, ¿cómo lo expresaría? Dejemos que venga libremente a la luz lo que en ese momento nos caracteriza podría ser la invocación: ¡"Señor, ten piedad de mí!" o tal vez: "¡Señor, no puedo más!" "¡Señor, te alabo" "Señor, te doy gracias!", "¡Señor, ven en mi auxilio"! "¡Señor, estoy agotado!" También Jesús, en un momento determinado de su vida, exclamó: "¡Mi alma está triste hasta la muerte!" y también: "¡Te doy gracias, Padre, porque siempre me escuchas»" Entre estas invocaciones del corazón, busquemos la que más corresponda a lo que sentimos, la que pueda ser el punto de partida de nuestra oración, la que interpreta la situación que estamos viviendo. Esta invocación evidentemente podrá enriquecerse con las oraciones de los demás y profundizarse con la ayuda de otros que han orado antes que yo y mejor que yo. Esta invocación puede parecer una realidad pobre, sencillísima; es un tallo de hierba, tal vez un tallo pequeñísimo en comparación de los árboles gigantescos de la oración de los santos; pero mi tallito hierba es lo que yo pongo delante de Dios como mi sencillísima oración. Jesús llamó la atención sobre la palabra de aquel publicano que, en el templo, oraba así. "¡Señor, ten piedad de mí que soy un pobre pecador!" Pues bien, este hombre, que había encontrado auténticamente su situación de oración, volvió justificado; con una sola expresión se había destapado. Era, pues, un grito del corazón.

c) Mi situación de oración es una página de la escritura en la que me puedo reflejar. Preguntémonos: ¿si yo tuviera que expresar lo que más siento, deseo, temo, lo que le pido a Dios lo que quisiera pedirle, si yo tuviera que expresar mi situación ante El, ¿en qué personaje, en qué figura, en cuál escena del Evangelio me colocaría? ¿Me colocaría en el lugar de Pedro en el lago, después de haber demostrado valentía al echarse el agua, cuando dice: "¡Señor, sálvame?" Podría colocarme entre los Apóstoles, que ante la muchedumbre que pide pan, dicen: "¿Señor, adónde iremos; cómo lo hacemos?"; o también podría reconocermelo y reflejarme en cualquier otra escena del Evangelio o en las palabras de un salmo que exprese verdaderamente mi estado de ánimo. Es sumamente importante verificar estos puntos de partida y hasta educar a otros, para que los encuentren, porque desde ahí se puede trabajar. Así se pueden desarrollar las propias capacidades de oración y una actitud auténtica de diálogo con Dios; un diálogo que no parte de una realidad buscada artificialmente, sino de la verdad de la persona.

3. Ingreso en la oración.

Probablemente éste es uno de los casos en los que nos equivocamos más fácilmente. A menudo creemos que no importa comenzar a orar de cualquier modo, hasta con una señal de cruz, hecha a la ligera; así... la gente se pone un poco en orden. Este es un modo equivocado de entrar en la experiencia del diálogo con Dios, porque quiere decir que es un lanzarse imprudentemente en la aventura de la oración, sin haberse preparado antes. Seguramente ésta es una de las causas por las cuales la oración se nos hace difícil: no pensamos en una entrada, en un ingreso. Así como en nuestra iglesia hay un momento de

desapego de la calle, un atrio, así en cualquier oración nuestra, sobre todo prolongada, es necesario anteponer un momento particular, un momento de silencio, de recogimiento. Tenemos que ayudar también a los niños a hacer un momento de pausa, de silencio, y de ahí partir luego para entrar en la oración. Y diría yo que hay algo más: a este momento de ingreso lo llamaría casi una especie de comienzo; el poner en cero nuestra fantasía y nuestro mismo ser, como se pone en cero un medidor de kilometraje. ¿Qué significa esto? Creo que es muy importante comenzar a orar no solamente con un momento de silencio, de pausa, de respiración tranquila, sino con la clara conciencia de que no somos capaces de orar. "¡Señor, eres tú quien oras en mí. No sé cómo comenzar. Tu Espíritu me guiará!" Es necesario quitar del diálogo con Dios toda presunción, todo lo que creemos que hemos aprendido y que poseemos. Tenemos que entrar en la oración como pobres, no como dueños. Siempre que nos presentemos ante Dios, presentémonos como absolutamente pobres. Creo que si no lo hacemos, sufre nuestra oración, se vuelve más pesada, llena de cosas que la distraen. Es necesario entrar ante Dios en estado de verdadera pobreza, de despojo, sin pretensiones: "¡Señor, no soy capaz de orar, y si tú permites que yo esté delante de ti en un estado de aridez, de espera, pues bien, bendeciré esta espera, porque tú eres inmensamente grande para que yo te pueda comprender. Tú eres el Inmenso, el Infinito, el Eterno, "¿cómo puedo yo hablar contigo?". Esta es la situación que emerge de muchos salmos, modelos auténticos de oración y que deben convertirse en algo interiorizado. Comencemos, pues, la oración con este ponernos en cero nosotros mismos que se pueda expresar de varias maneras: un momento de silencio, de adorar arrodillados, un momento de reverencia, de respeto exterior que manifiesta nuestro entrar en esta situación, conscientes de que no tenemos nada que llevar, sino todo por recibir. Entro en un diálogo en el que la palabra me enriquece, a mí que soy pobre. Entro, pues, como enfermo que tiene necesidad de médico, como un pecador que tiene necesidad de ser justificado, como un pobre que necesita ser enriquecido. "A los ricos los despidió vacíos y despojó de sus tronos a los poderosos (incluso a los poderosos que creen saber orar o haber logrado esta capacidad). Nos colocamos siempre en la situación bautismal del ciego que suplica: ¡"Señor, que yo vea"! que yo pueda comprender, que puede pronunciar las palabras que el Espíritu me sugiera.

4. Ritmo de la oración La oración, como la vida, tiene su ritmo que la sostiene, que permite prolongarla sin cansancio. Hoy tenemos ejemplos verdaderamente extraordinarios de jóvenes, de muchachos, que oran durante horas; es una experiencia que creíamos imposible hace algunos años, pero que hoy la vemos: es una maravilla obrada por Dios. Estos han encontrado el justo ritmo. Es como uno que, habiendo encontrado el buen ritmo para caminar, puede recorrer muchos kilómetros sin cansarse. Así también es importante en la oración un cierto ritmo físico, síquico, interior. ¿En qué consiste este ritmo? El ritmo fundamental, esa música que llevamos dentro de nosotros es la respiración. Este es el ritmo fundamental de la vida, el que nos da el compás para vivir. Precisamente por esto, tanto la tradición monástica de la Iglesia griega, cuanto -y más aún la tradición oriental yoga y budista, le han dado un grandísimo valor a las técnicas de la respiración; incluso, llegaron a señalar muchos modos de hacer esta actividad consciente, asumirla y poderla controlar. Aunque todo esto parezca muy complicado, me parece que puede tener algo de positivo. Subrayo lo siguiente: la oración de Jesús es la oración más cercana a la tradición cristiana, por tantos, es la que más fácilmente podemos asimilar nosotros. Esta oración (cfr. Los "Relatos del peregrino ruso" y otros textos semejantes) consiste en una invocación repetida

lentamente, a ritmo de respiración. Es una invocación llena de significado: "¡Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador!". Según la enseñanza de la tradición monástico oriental, esta invocación debe pasar de la cabeza al corazón, entrar en el ritmo de la respiración, invadir y emparar toda la persona. Ciertamente nosotros, occidentales, nos vemos a menudo tentados de mecanizar estas experiencias; podemos caer en exageraciones o rarezas. Por esto conviene subrayar que cada uno debe adaptaras este tipo de oración. En todo caso, existe una respiración de la oración, un ritmo que, una vez conseguido, nos ayuda y nos permite perseverar en este diálogo, con alegría y hasta con gusto interior, con una satisfacción que nos llena el corazón, que nos coloca en la verdad de nosotros mismos. La otra técnica muy sencilla es la del Rosario. El Rosario es la versión occidental, un poco más complicada, de la oración repetitiva de Jesús, de tipo oriental. Entre nosotros comienza en la Edad Media y se difunde cada vez más. Pero no es una oración fácil: recuerdo esos muchos rosarios recitados, de niño, de adolescente, con un poco de aburrimiento, de distracciones que me llenaban la cabeza, como una oración que casi me imponían pero no me explicaban, y entonces, se me hacía difícil. Es una oración que creo que necesita una cierta calma, un cierto descanso, la adquisición de ritmos que nos permitan entrar en un verdadero estado de oración, y que no resulte una mera recitación verbal. A quien se le haga difícil el Rosario o lo haya abandonado y tenga miedo de volver a rezarlo, quiero señalarle un medio que tal vez pueda parecer muy sencillo, pero que puede ayudarle a reencontrar el sentido de esa oración. Del Rosario, sobre todo cuando tenemos poco tiempo, es posible sacar las ventajas que ofrece la oración de Jesús, de la que ya hemos hablado. Podemos limitarnos a la recitación de poquísimas palabras, pero repetidas lentamente y absorbidas en el interior del corazón y así, nos acercamos a la que los orientales llaman precisamente "la oración de Jesús". Cuando quiero introducirme, en breve tiempo, en esta atmósfera de oración, puedo escoger una invocación del Rosario y la repito lentamente varias veces, por ejemplo, en la primera decena, rezo las palabras: "Dios te salve María, ruega por nosotros. Estas sencillas palabras, dichas lentamente, repetidas diez veces, son más breve que la recitación completa, pero pueden penetrar lentamente en nosotros y llevarnos gradualmente a una oración un poco más larga, un poco más amplia. Son muchísimas las maneras como podemos acceder a la oración prolongada; hay que mirar sobre todo, no tanto la cantidad cuanto el verdadero ritmo, que entonces alimenta realmente nuestro espíritu, que entra dentro de nosotros. Muchas otras observaciones se podrían hacer respecto del ritmo de la oración. En el fondo, este ritmo es el que ordena la estructura de los Salmos. En efecto, los Salmos están compuestos en paralelismo antitético (se afirma una realidad y luego se expresa el aspecto opuesto) o sintético (se expresa una realidad y luego otro aspecto de la misma realidad). Es un "ir y venir". Responde al ritmo de la respiración, el ritmo de los coros que se alternan, al ritmo de uno que llama y responde. ¡La entrada en esta realidad nos hace comprender mejor tantas cosas que la Escritura nos pone por delante y de las cuales, Sólo poco a poco, aprendemos a conocer su profundidad antropológica! A descubrir la autenticidad del hombre que emerge de las diversas formas de oración. Finalmente, quiero decir una última palabra para aclarar cuanto acabo de exponer. Podría parecer que la oración se aprende con algunas técnicas, por medio de un ejercicio largo que lleva el hombre a adquirir una cierta posesión de sí, un cierto dominio, una cierta calma, una cierta respiración, una cierta profundidad. Esta es, en el fondo, la finalidad de las técnicas yogas: lograr que el hombre se domine plenamente a sí mismo. Pero si nos dejamos ilusionar en este sentido, entonces nos equivocamos muchísimo respecto de la finalidad de la oración cristiana. La finalidad de la oración cristiana no es que el hombre se

posea a sí mismo; aunque el modo de orar cristiano hace que el individuo adquiera una más auténtica conciencia de sí mismo y se vuelva una persona más equilibrada, más ordenada, más reflexiva, más atenta, más previsor. Todo esto es ciertamente un fruto de la educación a la oración, que conlleva cierta capacidad de respiración, de desapego de las cosas, un juicio menos precipitado y más maduro. Pero nada de esto es la finalidad de la oración cristiana, y si lo convirtiéramos en finalidad, desviaríamos totalmente el sentido de la educación a la oración. ¿Cuál es, entonces, la cumbre, el sentido de la oración cristiana? Es el que Jesús señaló en el momento de su agonía: " ¡ Padre . no se haga mi voluntad , sino la tuya ". O también, en su oración en la cruz: "En tus manos encomiendo mi espíritu". A eso apunta la oración. Cualquiera oración que no llegue, o que no tienda hacia esta finalidad, que no lleve al hombre a entregarse en las manos de Dios con confianza y con amor, puede, en un momento dado, convertirse en ilusión, fuente inclusive de desviación religiosa. Por eso no basta decirle a una persona que rece mucho. Una persona puede rezar mucho, pero estar religiosamente desviada o hasta torcida en su aprehensión de los valores. La oración, como todas las realidades humanas, está expuesta a desviaciones y distorsiones. No hay realidad humana que el hombre no sea capaz de dañar con su egoísmo. También la oración está expuesta a esta ambigüedad. Por lo tanto, tenemos que tener presente que el punto de llegada de la oración cristiana es que cada uno de nosotros, como Jesús en el huerto de Getsemaní, puede entregar su vida a Dios y decir: "Pongo mi vida en tus manos". Entonces la oración logra verdaderamente la autorrevelación de lo que es el hombre: un ser venido de Dios y destinado a encontrarse a sí mismo cuando se lance, cuando se abandone, por don de la fe, en las manos de su Padre. En realidad la oración se convierte en expresión de la fe perfecta, es decir: de la entrega total de mi vida. Abraham es ejemplo de oración perfecta precisamente cuando parte, escuchando la voz de Dios; aunque no sepamos cuál haya sido su oración; en ese momento constatamos que se rindió a la voz de Dios y siguió fielmente su llamada. Esta es la cumbre de la oración cristiana y por eso insisto mucho en la relación entre oración y eucaristía. En la Eucaristía es donde Cristo se entrega a sí mismo al Padre por nosotros y en donde estamos llamados a dejarnos atraer por ese tornado de donación, para entrar en el don mismo de Cristo. Cualquier oración nuestra se convierte, pues, en preparación, actualización, vivencia, de la eucaristía. La oración auténtica es la que nos dispone a todos al servicio de los demás. Entregar a Dios nuestra vida no significa entregarla "abstractamente" en sus manos, casi como para salirnos del mundo; significa, más bien, entregársela a El para que nos ponga en estado de servicio hacia nuestros hermanos. Este es el punto de llegada de la oración cristiana: educación al servicio, educación a estar siempre disponibles, educación a entregarse incondicionalmente al servicio de los hermanos. Incondicionalmente porque se trata de incondicionalidad hacia Dios, el Absoluto, el que es sin condición y que nos llama al don sin condiciones, el que se nos ha revelado y ha transformado nuestra vida. En ello se funda no sólo la relación entre oración y Eucaristía, sino también la relación entre oración y vida. La piedra de toque de la oración auténtica no es el replegarse en sí mismo, o el gusto intimista que nos lleva a buscar satisfacciones personales, sino la franca y clara disposición de nuestra vida en favor de todos aquellos que nos necesitan, del que sufre, de los más pobres, los más necesitados. Es una apropiación de nosotros mismos para ponernos al servicio de los demás. Esta es la oración que queremos hacer y que incluso, para ayuda de ustedes, pido poder hacer yo mismo; es decir, ponerme más y más, y seriamente, en estado de servicio.